

nerados con las saludables aguas del Bautismo. Entónces, para ingresar en la Iglesia, para ser inscritos en la filiacion de Dios y hechos participantes de la heredad del Paraiso, pronunciamos una absoluta renuncia del mundo, de sus pompas, de sus vanidades y seducciones. Así pues, olvidarse de esta promesa, quebrantar este pacto, y violar esta obligacion, es lo mismo que declararse indignos del nombre de cristianos, que perder el título de la adopcion divina, y hacerse incapaces de la beatitud celestial.

Resolvamos, pues, atraídos por el generoso ejemplo de María, amar la oscuridad. Llamados á excelsos destinos, hagamos todo lo posible para no mancharnos con el barro de las bajezas mundanas; y destinados á gozar de los bienes eternos, empleemos toda santa industria para no envilecernos con las fealdades terrenas. Si mantenemos algun lazo pernicioso, ó simplemente inútil, cortémoslo con prontitud, sin aguardar á que venga á cortarlo la muerte en la hora postrera; si vemos que otros, como débiles barquillas, zozobran en medio del mundo azotados por las olas de las pasiones, pongámonos á salvo en tiempo oportuno, sin exponernos á perecer entre las inminentes ruinas; si nos alaban á nuestra presencia, más bien que complacernos en ello por vanidad, acudamos para reprimir el menor sentimiento de orgullo á la consideracion de la propia nada. Imitemos á María, para ser con María eternamente dichosos.

DISCURSO XXIV.

RELIGION.

Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.

Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo. (Luc. I, 49).

Dios es omnipotente, y todo el Universo es una solemne manifestacion de su omnipotencia; Dios es santo, y el himno que se entona incesantemente en el Cielo llama tres veces santo al Señor Dios de los ejércitos. Hablando de la omnipotencia, el real Profeta, arrobado en éxtasis de admiracion, exclamaba: Los Cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (1); hablando de la santidad, añadía: Tú no puedes sufrir que more junto á Ti el maligno, ni que los injustos permanezcan en tu presencia (2), siendo necesario para morar en tu tabernáculo hallarse libre de toda mancha (3). Infiérese de ahí, que Dios es el Criador, el monarca, el dueño absoluto de todas las cosas; el Sér por excelencia y el más perfecto de todos los séres; y, por consiguiente, si el siervo está obligado á respetar y honrar al señor, el súbdito al príncipe, y el hijo al padre, es evidente que el hombre debe respetar y honrar á Dios. De donde dimana el sentimiento religioso; y es la virtud de la Religion la que nos lleva á tributar á Dios el culto debido.

Esta virtud, que forma una parte esencial de la justicia, y ocupa el primer lugar entre las morales, amada de todos los santos, necesaria para todos los cristianos, é indispensable para todas las criaturas racionales, fué admirable en María; como lo demostró durante todos los días de su vida, y en particular el día en que, entonado el

(1) PSL. XVIII, 2.

(2) PSL. V, 6.

(3) PSL. XIV I, 2.

Magnificat, prorumpió en estas palabras: Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Por lo tanto, debiendo hoy hablar de esta virtud, despues de haberos demostrado de cuanta importancia sea para nosotros, os haré ver cuan eminente fué en la Santísima Virgen. Saludémosla antes con el Arcángel: A. M.

Que se deba un culto á Dios se desprende del unánime consentimiento de todas las naciones. Las memorias, las tradiciones, y las ceremonias religiosas constituyen la primera página de toda la historia; los altares, las oraciones y los sacrificios se encuentran en todos los pueblos. En todas las edades se ha visto á las gentes prosternarse devotas en presencia del Señor de los Cielos; en todo tiempo los afligidos le pidieron mercedes, los consolados le dieron gracias, los enfermos le suplicaron la salud; unos con lágrimas de júbilo, otros con lágrimas de dolor; y todos, con varia expresion de sentimientos, le manifestaron los votos del alma necesitada. El culto sagrado ha sido, ó dejado de ser, más ó ménos puro; ha podido tomar varias formas, segun la cultura y las vicisitudes de los siglos; ha podido, en vez del Artífice, venerar las obras, y creer al fuego, al aire, á los astros, al sol y á la luna númenes del Universo; pero ha existido siempre, y nunca se ha extinguido.

La virtud de la Religion es aquella que nos dirige en esta sublime comunicacion con la divinidad, declarándonos cuál y cuánto deba ser nuestro culto, ordenado y dispuesto para tener el principio en el entendimiento, el cumplimiento en el corazón, y la manifestacion en las obras. Todos los hombres convienen tambien en este punto.

Esta virtud implica sus actos interiores y exteriores; y, por lo mismo, nos sirve de regla para el culto interno y el externo. Pertenecen al culto interno, los sentimientos de fé, de admiracion, de respeto, de gratitud, de confianza, de amor y de sumision á Dios, venerado como el Sér de todas las perfecciones; y al culto externo, los signos visibles, como las genuflexiones, las inclinaciones, las oraciones y las oblaciones, con cuyos actos manifestamos los afectos del corazón. Ambos cultos, pues, son necesarios para cumplir lo que prescribe la virtud de la Religion.

Es necesario el culto interno. Un culto que careciese de verdad y de bondad, un culto en el cual no tomase parte nuestro espíritu, un culto de meras apariencias, no podría agrandar á aquel Dios que es sumo y verdadero bien. La encarnada Sabiduría amenazaba á los

Escribas y á los Fariseos, que rezando largas oraciones, descuidaban lo que más importaba en la ley: la misericordia y la justicia. Por consiguiente, el verdadero culto consiste en la limpieza de corazón, y en todo aquello que tiende á la santificacion del alma, ó sea, el culto interno.

Es necesario el culto externo. Este es indispensable al hombre, ya se considere en sí solo, ya juntamente con sus semejantes. Considerado en sí solo, el hombre, formado por Dios de alma y cuerpo, para rendirle un entero tributo de sí mismo, debe honrarle con el alma y el cuerpo, y, por lo mismo, no solo con los afectos internos, sino que tambien con las demostraciones externas. Considerado en union con sus semejantes, el hombre debe edificar con los buenos ejemplos á aquellos con quienes vive, y no podría edificarles si todo su culto se redujese á obsequios internos, conocidos solamente de Dios, sin manifestarlo con actos externos. Tan cierto es esto, que excluido el culto externo, desaparece el interno, en lo cual convienen los mismos impíos. Saben éstos muy bien, que reducir la Religion á un culto meramente espiritual es confinarla en los reinos de la luna; y persuadidos de ello, cuando se entregaron á la obra de extirpar la Religion de los pueblos, empezaron por mofarse de la liturgia cristiana, demoler los templos, derribar las cruces, despojar los altares y destruir lo que pertenecía al culto externo.

Las personas piadosas no dejaron nunca de practicar ambos cultos. Dejando aparte á Abel, que al principio mismo del mundo, adorándole con el corazón, ofrecía á Dios en holocausto los más escogidos corderos de su rebaño; á Abrahán, Isaac y Jacob, que, acordándose de los beneficios recibidos del Señor, levantando aras y ofreciendo sacrificios, se mostraban agradecidos; basta recordar los sentimientos y las palabras del rey Profeta. Venerando éste con el espíritu la omnipotencia, la bondad, la misericordia y la providencia del Altísimo, con la cítara en las manos, y cantando con viveza de imágenes y sublimidad de conceptos, alababa á Dios é imploraba sus gracias. Le bendecía por haber edificado y hecho ilustre á Jerusalén, figura de la Iglesia (1); invitaba á los pueblos para darle gracias, por haberlos inscrito en la sociedad de los Santos (2); le suplicaba que le defendiese de los enemigos, así como le defendió de la conspiracion

(1) PSALM. XLVII, 1.

(2) PSALM. XLVI, 1.

de los iníquos (1); le hacía sin reserva el ofrecimiento de sí mismo y de todas sus cosas (2). No eran estas solamente palabras: á las palabras unía los sentimientos del corazón. Con el corazón cantaba gloria á Dios (3); con el corazón se regocijaba en Dios (4); con el corazón hablaba á Dios (5); con el corazón esperaba en Dios (6); y con el corazón se alegraba en Dios (7). Así, pues, uniendo el culto externo al interno confesaba, que su corazón y sus huesos gozaban en el Señor (8).

Y ahora es fácil comprender en que consista la virtud de la Religión. Es una virtud que nos arranca de la ignorancia y del error, ilumina la mente, mueve la voluntad y dicta aquel culto que solo es digno de Dios. Es una virtud, que nos eleva del polvo terreno al conocimiento de Aquel que nos crió y redimió, que nos favorece, nos asiste y nos consuela con su infinita misericordia. Es una virtud, que nos insinúa la devoción para inducirnos á cumplir pronto y con mucha alegría cuanto se refiere al servicio divino: la oración, para reconocer á Dios como autor de todos los bienes, tributándole el homenaje y la reverencia que su bondad exige; la adoración, para confesar con prostraciones, con genuflexiones y con diversos actos de respeto el sumo dominio de Dios sobre nosotros; el ofrecimiento, para dedicar alguna parte de los bienes recibidos de la divina liberalidad, para ornamento de los templos y sostenimiento de los ministros del santuario; el voto, el sacrificio, y todo cuanto vá dirigido á honrar á Dios con los actos del espíritu y con las obras del cuerpo, con los cultos interior y exterior.

Esta virtud fué perfecta en María, de suerte, que varios santos Padres, entre otras alabanzas con las cuales la festejaron, dieron en llamarla modelo de piedad, tipo de religión. En efecto, María se nos presenta eminentemente ilustre en la virtud de la Religión con relación al tiempo, á las obras y al modo con que la practicó.

Con relación al tiempo.—En las entrañas de su madre, preservada de la culpa original, rica de inocencia y de santidad, íntimamente

- (1) PSALM. LXIII, 1.
- (2) PSALM. LXI, 1.
- (3) PSALM. IX, 1.
- (4) PSALM. XII, 6.
- (5) PSALM. XXVI, 8.
- (6) PSALM. XXVII, 7.
- (7) PSALM. XXXII, 21.
- (8) PSALM. LXXXIII, 2.

unida á Aquel, que tanto la privilegiara sobre todas las hijas de Eva, se dirigió á Dios con suspiros enteramente dignos de su gloria. En el Templo, mientras ardía sobre el altar el sacrificio, al sonido de las trompetas sacerdotales, inclinada la cabeza y cubierta con blanco velo, pedía á Dios, como todo Israel, el Cristo tantas veces prometido y tan lento en venir. En la casa de Nazareth, sus votos, muy diferentes de los terrenos, resonaban como cánticos suavísimos de Paraíso. En Belén, dividía los pensamientos entre el ofrecer el incienso á su Dios y la leche á su Hijo, servirle con la frente humillada en el polvo, y prodigarle todos los cuidados de una tierna madre.

Con relación á las obras.—Todas las obras de María están selladas con la virtud de la Religión. En todos sus actos no tiene otra mira que agradar al Señor; y para esto se encierra, primeramente, en el Templo, y más adelante se desposa con José; primero vive alejada de las fiestas del mundo, y despues asiste á unas bodas en Caná de Galilea. Dijo Esther, que en solo Dios había colocado su gozo y su felicidad (1); dijo David, que la alabanza á Dios era continua en sus labios (2); dijo San Pablo, que no era él quien vivía, sino que Cristo vivía en él (3); pero ¿quién podría explicar cuán vivo fuese el ardor de la oración de María, cuán admirable su extático silencio, cuán reiteradas sus aspiraciones, cuánta la santidad de sus pensamientos, la inocencia de sus deseos, la pureza de sus afectos, su sacrificio, tan generoso, tan magnánimo y absoluto para la gloria del Criador?

Con relación al modo.—La virtud de la Religión puede llamarse un efecto del amor. Quien ama sinceramente á Dios, se emplea en agradarle en todas las cosas, se esmera en manifestarle los propios afectos con actos de alabanzas y de oraciones, siente una necesidad de tratar con Él, procura conocer su voluntad, y una vez conocida, emplea la más diligente solicitud en cumplirla. Para saber con esta regla cuán fervorosa fuese la virtud de la Religión en María, sería preciso conocer el ardor de su corazón en amar á Dios. ¿Y cómo saber esto, si María es llamada por los Santos hoguera de amor divino? ¿Si el Esposo de los Cantares la compara á una lámpara de fuego y de llamas? (4)

- (1) ESTHER. XIV, 18.
- (2) PSLM. XXXIII, 1.
- (3) GAL. II, 20.
- (4) CANT. VIII, 6.

Y María conservó siempre unido el culto interno con el externo. Con el culto interno, elevaba el espíritu al infalible escudriñador de los corazones, al Juez justo de todas las aspiraciones, y al supremo remunerador de todas las acciones; con el externo, fiel observante de la ley de sus padres, iba regularmente todos los años á Jerusalén por la solemnidad de la Pascua. Con el culto interno, dirigíase á Aquel, que es sumo y soberano origen de todas las perfecciones, y juntamente con la oblacion de su alma, le ofrecía los quehaceres diarios peculiares á su condicion; con el externo, mostraba saber cuán dulcísimo era, más bien que vivir bajo los soberbios techos del mundo, morar en los tabernáculos del Señor y sentarse en los átrios del Altísimo. Con el culto interno, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras de las comodidades, está próxima á Jesús, viéndole á todas horas, estudiando sus inclinaciones, ofreciéndosele como primicia de la sagrada cosecha que había venido á recoger entre los descendientes de Adán; con el externo, habiéndole seguido religiosamente á país extraño y á la pátria de sus mayores, le sigue igualmente en la vida pública, escuchando confundida entre las turbas y profundamente atenta á sus lecciones, como el primero y el más dócil de los discípulos. En suma, consideradla, hermanos míos, desde el momento en que hija de la bendicion, de la gracia, y del milagro, apareció en medio de los hombres hasta el momento en que, todavía pobre, humilde y bella, abandonada la vida mortal, voló á la gloriosa inmortalidad, y vereis que mantuvo constantemente unidos el culto interno con el externo.

Este culto manifiesta precisamente en su himno, cuando en sus transportes de gozo y de triunfo, dijo: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Con cuyas palabras reconoce la grandeza y la santidad de Dios, siente la obligacion de darle gracias por todo cuanto de estupendo ha obrado en Ella, le ofrece enteramente las alabanzas que todas las generaciones la dirigen; y puesto que eleva admirables acentos de congratulacion, de reconocimiento, y de homenaje, está claro que glorificándole con el corazon, le glorifica con la lengua. ¿Y qué más se requiere para las obras de los cultos interno y externo? ¿Qué más se exige para la virtud de la Religion?

María reconoce la grandeza de Dios, porque reconoce su omnipotencia. Y esta omnipotencia no es aquella, mediante la cual con una palabra sacó de la nada las cosas que ántes no existían; es más bien

una omnipotencia, que se descubre con hechos más maravillosos que la misma creacion, hechos compendiados en la maternidad divina, ya que al llegar una criatura á ser Madre y verdadera Madre de Dios, venciendo una infinita distancia, y encerrando en sus entrañas á Aquel, que no pueden contener la tierra, el Océano, ni la inmensidad de los Cielos, es el mayor de los portentos; un portento, que ninguna inteligencia humana ni angélica puede concebir; un portento, en que queda exhausta la suprema omnipotencia.

María reconoce la santidad de Dios, al recordar otro prodigio verificado en Ella, el prodigio de su inmaculada concepcion. Tambien este fué un prodigio, porque si todos quedamos manchados por nuestro viciado origen ántes de nacer á la vida, era un prodigio del brazo omnipotente de Dios preservar á su amada Madre de aquel aire mefítico, que infecta toda flor de inocencia en su primera florecencia. Y si lo consideramos bien, este prodigio indica la relacion que existe entre éste y la santidad de Aquel para cuyo triunfo se ordenaba. ¿De qué suerte apareciera santo el nombre de Dios, si, humanándose, hubiese tomado la sangre y la carne de una madre manchada con la culpa original? ¿Entónces no hubiera participado, en cierto modo, de la afrenta, que siempre hubiera quedado en aquella sangre y en aquella carne por haber sido infectas de la corrupcion original?

Y aquí se ve, que la Virgen no desconoce las gracias y las grandes cosas que el Señor obrara en Ella; se manifiesta tambien, que, confesando las propias grandezas, se olvida enteramente de sí misma, declarando que es deudora de cuanto tiene y de lo que le vale las aclamaciones de los hombres y de los ángeles, no á sus virtudes ni méritos, sinó al poder y á la santidad de Dios. Cierto que se alaba, pero se alaba como la esclava del Señor; que se alegra, pero se alegra porque el Señor ha puesto los ojos en su bajeza; que goza, pero goza solamente porque el Señor ha querido manifestar en Ella su poder y su misericordia. En sus palabras se encierra la adoracion, la accion de gracias, la sumision, el obsequio, el amor; el sentimiento de un corazon devoto, la gratitud de un alma reconocida, la alegría de un espíritu fiel, y la revelacion de una inteligencia, que conoce á quien son debidos todo honor y toda gloria; en fin, en sus palabras se encierra todo cuanto se refiere á la virtud de la Religion.

¿Cuántos hay entre nosotros que sigan el ejemplo de María? En verdad, que no es posible ver la virtud de la Religion en aquellos, que sin motivo y por pura negligencia, olvidan las oraciones de mañana

y tarde; ni en aquellos, que se impacientan por hallarse en los templos, y como si les traspasaran agudas espinas, siempre encuentran tarde la hora de salir; así como tampoco en aquellos, que emplean largo tiempo para pulir su persona y agradar á las criaturas, y ninguno para limpiar su alma y agradar al Criador. No es posible notar la virtud de la Religion, cuando se piensa rarísimas veces en Dios, no se quiere escuchar su divina palabra, no se frecuentan los sacramentos, ó se cumple su voluntad solamente cuando está de acuerdo con la nuestra; así como tampoco puede verse, cuando nada se hace para oponerse á los propios caprichos, para resistir á las malas inclinaciones del corazón, para arrepentirse de los pecados y vivir en la observancia de los divinos preceptos.

No obstante, Dios ha obrado tambien para nosotros grandes prodigios y empleado á favor nuestro su omnipotencia. Si ha verificado tantos milagros en María, los ha obrado para nuestra salvacion; si ha mostrado por María su brazo omnipotente en los prodigios de la inmaculada concepcion y de la maternidad divina, lo ha hecho para redimirnos del pecado y del demonio. ¿No es grande lo que obra en el Bautismo, limpiándonos de la mancha contraída por la culpa de nuestro primer padre Adán? ¿No es grande lo que obra en la Confirmacion, que nos infunde el espíritu de sabiduría y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de ciencia, de piedad y del santo temor? ¿No es grande lo que obra en nosotros, cuando nos perdona los pecados con inmensa bondad, y con un milagro inmensamente más luminoso que aquel con el cual sanó los leprosos, los paralíticos y los cojos, nos convierte de vasos de ira y de iniquidad en vasos de gracia y de honor?

¿Dónde se encuentra entre nosotros quien diga con María: Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo? ¿Dónde está aquel que, aunque profiera estas palabras con los labios, las sienta en el corazón? ¿Quién es el que practica la virtud de la Religion? ¡Ay! amados hermanos, si no la tenemos, hagamos lo posible para alcanzarla. Apresurémonos á vivir en el tiempo pensando en la eternidad, á meditar sobre lo que ha de salvarnos y ser nuestra gloria; frecuentemos los Sacramentos con las debidas disposiciones, ardamos en santo amor por María, pues, entónces veremos florecer en el árido suelo de nuestros corazones aquellas flores espirituales, que pueden hacernos caros á Dios, alcanzarnos las celestiales gracias para la vida presente y el reino de la gloria en la futura.

DISCURSO XXV.

SEMEJANZA DE MARÍA CON JESÚS.

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho, lo hagais vosotros tambien.
(JOANN. XIII 15).

Quando la Virgen en su himno exclamó: La misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion, entendió hablar de Jesucristo. Esta fué la grande misericordia que, inaugurada en el Paraíso terrenal, pasó de una á otra generacion, segun se revela claramente por la historia de la nacion hebrea. Anunciada á los Patriarcas en Abrahán, en Isaac, en Jacob, constituidos jefes de una descendencia tan numerosa como las arenas del mar y las estrellas del cielo, en la cual debían ser benditos todos los pueblos; vaticinada por los Profetas, que, de vez en cuando, aparecían para fortalecer los ánimos en las desventuras, recordando los consuelos prometidos; simbolizada en los ritos, en las figuras, en las leyes y en las ceremonias de un pueblo depositario de las tradiciones antiguas; se verificó tanta misericordia en el día faustísimo, en que se verificó la encarnacion del Hijo de Dios en las purísimas entrañas de la Virgen Nazarena. Misericordia, que, mostrada entónces en todo su esplendor, se mostrará de igual suerte hasta la consumacion de los siglos, puesto que hasta el fin de los siglos se experimentarán sus benéficos efectos. Cuyas cosas viéndolas María con su luminosa mirada, tenía fundado motivo para exclamar: que la misericordia de Dios se derrama de generacion en generacion: *Misericordia ejus a progenie in progenies.*

María añade, que esta misericordia será saludable para aquellos que la veneren y la respeten con amor filial. Ahora bien; el mejor modo de respetar y venerar á Jesucristo consiste, en imitarle, en